



Use Lahoz Verso suelto



DESTINO

Verso
suelto

Use
Lahoz

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1599

© Use Lahoz, 2023
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2022.



Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-233-6289-9
Depósito legal: B. 2.042-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y proce de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Para empezar: sol, calor, el aplomo del mediodía, el canto agudo de una pareja de mirlos negros y la impertinencia de una tórtola turca que no había manera de ahuyentar más de un minuto. Un césped en estado envidiable, unos setos recortados con mimo, tiestos de barro espolvoreados de flores, rosales, pequeños pinos, un limonero y la piscina, el bien máspreciado por los niños del vecindario.

Enrique trajinaba con su bata azul desabrochada. El peso de los utensilios le hundía los bolsillos y le hacía caminar ligeramente encorvado. Del club vecino llegaban los acompasados y precisos golpes de las raquetas contra las pelotas de tenis, tan familiares de marzo a octubre.

El inicio del verano estaba al caer y el final de curso traía altas temperaturas y, de vez en cuando, el estruendo de algún petardo, sofocado por la distancia, que anunciaba la proximidad de la festividad de San Juan.

Su hija, de catorce años, le había pedido salir con las amigas esa noche y él se había negado. En lo referente a ella, Enrique tenía miedo de todo, pero aún más de una noche que a menudo dejaba víctimas con manos magulladas y ojos a la virulé a causa de los di-

chosos petardos, por no hablar de cosas peores a las que se exponían las adolescentes.

La depuradora estaba encendida y los sumideros filtraban adecuadamente. El olor del cloro se expandía con intensidad y el recogehojas que descansaba en el suelo guardaba en la red broza humedecida. Al verlo, Enrique cayó en la cuenta de que la bolsa de basura industrial que acababa de cerrar era la última que quedaba y que debía ir sin falta a comprar más.

A los propietarios de la finca les gustaba fardar de su jardín cuando había invitados. A partir de las cinco, con la salida de los niños de los colegios, la mayoría invitaba a compañeros y se bañaban llenando las tardes de saltos y alaridos hasta que a eso de las siete y media los padres venían a buscarlos y dispensaban palabras de agradecimiento a los anfitriones. A la salida, al pasar por la garita del portero, se dirigían a Enrique, sujeto a la fregona, para recordarle su buena maña mientras dejaban un reguero de agua sucia en las baldosas.

Volvió la tórtola a rastrear una maceta. Enrique alzó la mano y la espantó con un insulto que se fue deshaciendo en el aire tras el frenético aleteo. En verano, con tanto trabajo, le pedía a su mujer que los viernes le preparase mejor un bocadillo, que no tenía tiempo de sentarse. Siempre había sido así de servicial y de entregado. Había acostumbrado a los vecinos y a ninguno le sorprendía verlo de un lado para otro del jardín cuando se asomaban a sus terrazas interiores con el café en la mano o dispuestos a echarse una cabezada en la tumbona. Es más, muchas veces aprovechaban para pedirle algo, ya fuera que arañara unos minutos para limpiarles el trastero, que no olvidara retirar sus basuras de las puertas de sus casas o que

aquel sábado habría cumpleaños de algún niño en la piscina y que preparase guirnaldas y confeti, que luego pasarían cuentas.

Enrique solía departir con plantas y flores, y en esos momentos algo le decía a una mimosa sobre la noche de San Juan, que menuda idiotez eso de los cohetes y las hogueras, que siempre sucede alguna desgracia, que cómo iba a dejar salir a su hija, tan joven, aunque claro, si el resto de las amigas de la clase salían, cómo iba a dejarla encerrada. Lo único que conseguiría sería aumentar el desprecio que ya de por sí sentía por él, algo que percibía desde que Sandra había entrado en la adolescencia.

Sacó las tijeras y podó unas ramas. Sabía que la niña (aún la llamaban así) acabaría saliéndose con la suya y su autoridad terminaría, como era habitual, en la basura, igual que los restos de la maleza que ahora amontonaba con las manos.

—Señor Enrique...

Un timbre de voz infantil le obligó a girarse. Su sentido del deber no diferenciaba edades.

—Qué quieres, reina...

Era Jimena, la hija de los señores Palop, una niña avispada, a ratos gentil, aunque poco habladora.

—Aún no os podéis meter en la piscina, que son solo las tres y media... —advirtió Enrique al comprobar que venía con traje de baño y una toalla.

Una de las normas era la prohibición de bañarse entre las dos y las cinco para respetar la hora de la siesta de los vecinos. Claro que era una norma un tanto relativa. Si aparecían los hijos del señor Lamadrid, ya con diecisiete y dieciocho años respectivamente, hacía la vista gorda, más por miedo a su reacción que por otra cosa. Pero con los pequeños, Enrique ponía especial atención.

—Mi padre me ha dicho que puedo bañarme.

—¿Seguro, Jimena? Mira que me extraña... Además, ¿no vas al cole esta tarde?

—No.

—Mientras esté yo aquí tú no te vas a bañar. Jaime no viene hasta las cinco, así que vuelve a casa, mira un rato la tele y ya bajarás luego —añadió el portero con un tono de voz que quería ser autoritario pero que distaba mucho de ello.

Jaime, hijo de los señores Gil y gran entusiasta de la natación, era el chico que la comunidad había contratado como socorrista, una moda instalada el verano anterior en la zona alta de Barcelona a raíz de una nueva normativa del Ayuntamiento, animado por la fiebre deportiva despertada por los inminentes Juegos Olímpicos.

—Me ha dicho mi padre que me puedo bañar y me voy a bañar —dijo Jimena, convencida de que nadie podría detener sus deseos.

Ese carácter dominante que los niños gastaban con él no le resultaba nuevo. Estaba habituado a que imitaran el tono de voz y las palabras de los mayores.

—Me parece que tu padre no te ha dicho que te bañes.

—Que sí, que me ha dejado bajar.

La niña ya se había desprendido de la toalla, mal extendida sobre el césped, cuando Enrique se acercó y la tomó del brazo.

—¡Que no me toques! —gritó furiosa, deshaciéndose de él de malas maneras.

Asustado, Enrique reculó. El desaire le azuzó el estómago e, incapaz de reaccionar, se detuvo. Ni siquiera se percató de la presencia de los mirlos picoteando en los cerezos. La melena negra de Jimena avanzaba

ante él ajena a sus advertencias. Una figura grácil, tan morena, irradiando una altivez impropia de la edad, caminando a su aire.

—Jimena, no son horas de piscina —añadió, aun sabiendo que la niña haría lo que quisiera, que no le quedaría más remedio que resignarse, ¿cómo impedirselo por la fuerza?—. Vamos a llamar a tus padres antes, ¿te parece?

El teléfono estaba en la portería. Para llegar allí debía subir un par de pisos, por lo que descartó esa posibilidad.

Jimena no respondió a la pregunta con palabras, pero con su inercia dejó claro lo que pensaba: ante la escalera de entrada a la piscina flexionó la pierna e introdujo un pie en el agua, un pie que sacó al instante:

—¡Ay, está fría!

—Claro que está fría, qué tontería meterse ahora —apuntó Enrique.

Jimena retrocedió hasta la toalla. Se agachó para desdoblarla mejor y reposó sobre ella el peso ligero de su cuerpo cubierto por un bañador rojo, de esa marca que tanto le gustaba a su Sandra: Mistral. Al sol, cuya orientación venía del este, apenas le faltaban unos minutos para ocupar la totalidad del jardín.

—Me espero a que se caliente.

—Muy bien, así me gusta...

Enrique optó por poner orden a sus asuntos y dejar a la niña en paz. Con los niños, bien lo sabía, cuanto más caso les haces, peor. Él tenía dos. Una niña y un niño. Sandra era la mayor, y el otro, Sergio, ya tenía ocho años. A decir verdad, era más dócil que todos los otros niños con los que trataba en su trabajo. Cuando le vino una imagen de su hijo vestido de comunión el pasado mayo, su orgullo de padre revivió el gozo del

convite en el restaurante con la mayor parte de su familia presente. Qué suerte había tenido de que a su edad, rozando los cuarenta, le hubieran contratado en esta finca. Quizás ello explicaba su predisposición al acatamiento, su adoración por los vecinos. Más allá de los setos y del bochorno reinaba la fotografía de los cuatro que su mujer había colocado la semana anterior en un marco sobre el televisor de la salita después de revelar el carrete, elegir la mejor imagen y ampliarla. Cerró la bolsa industrial y cargó con ella hasta la entrada, allá donde un pasillo conducía a los ascensores y el otro a la segunda planta del parking. Antes de llamar al ascensor miró de nuevo a Jimena. Le asaltó entonces la duda, ¿le digo algo o no le digo nada? Se convenció de lo segundo, pero cuando apareció el ascensor no pudo contenerse:

—Jimena, voy a tirar la basura, y a por bolsas nuevas, vuelvo enseguida. Ni se te ocurra moverte, ¿eh?, por lo que más quieras, que ya queda poco para las cinco.

No obtuvo respuesta. Su postura no dejó entrever ni confirmación ni divergencia. ¿No sería buena idea llamar a los padres y preguntar? Mira que si le pasa algo a la niña me busco la ruina, pensó Enrique al abrir la puerta de la entrada para dirigirse al contenedor de enfrente, pero al momento se apoderó de él el miedo a despertar al señor y a incordiar a la señora. Una vez llamó en esta misma franja horaria porque se había presentado un vendedor de enciclopedias, y de malas maneras le advirtieron que no volviera a molestar a esas horas si no era por una urgencia. Enrique llevaba cuatro años en la portería y sabía perfectamente a qué vecinos podía importunar y a cuáles no, y los Palop, para qué engañarse, eran un matrimonio quisquilloso, imprevisible, de esos que un día le soltaban una propi-

na desmesurada y luego estaban una semana pasando por su lado sin ni siquiera decirle hola.

Tras la garita estaba el piso vacío del que Enrique disponía a su antojo. Allí guardaba sus utensilios de limpieza y cachivaches que los vecinos le daban por no tirarlos a la basura: colecciones de libros desfasadas, juguetes viejos, ropa inservible. Resistían una vieja cocina en desuso, el baño y contados muebles. Cuando entró a trabajar le ofrecieron mudarse aquí con la familia, pero su mujer se opuso. Estaban ya instalados en Hospitalet, alegó ella, se sentían integrados en el barrio, el colegio de los niños, el mercado, ¿qué iban a hacer ellos, una familia trabajadora, en una portería de la zona alta? A él le hubiera encantado. Además, insistía a Marisa en que aquí, incluso en el mismo edificio, podría encontrar opciones de trabajo. Ella, que limpiaba por horas en pisos desperdigados por barrios alejados entre sí, y se quejaba de ello, lo tendría aquí más fácil. Pero nada, cuando a Marisa se le metía una cosa en la cabeza era imposible hacerla cambiar de opinión.

Por fortuna, en el armario halló una última bolsa industrial. Mientras la desdoblaba pensó que ya encontraría después el momento de ir al supermercado. Eran las cuatro menos cuarto. Como cada viernes, no había parado desde las ocho y media de la mañana. Había fregado meticulosamente las escaleras y los ascensores. Había barrido las dos plantas del parking, ordenado y repartido el correo por los buzones, medido y ajustado el cloro de la piscina y, en sus horas de pausa para comer, se había dedicado a podar. Aún quedaban por bajar todas las basuras, regar (siempre lo último) y pasar la mopa y quitar el polvo en el hall. Agarró el bocado y la bolsa de basura y bajó de nuevo a la piscina para seguir recogiendo la broza.

Dejando atrás la oscuridad del pasillo que comunicaba el garaje con el jardín se asomó para verlo, ahora sí, iluminado por un torrente de sol. Cuando distinguió la toalla arrugada sobre el césped pensó que Jimena estaría en los lavabos que había junto a los trasteros, a donde los chavales acudían en tromba a beber agua y donde muchos guardaban flotadores y gafas de bucear. Sin embargo, al aproximarse a la piscina, usando la mano de visera, bajo la superficie diáfana distinguió una sombra que dejaba de serlo para convertirse en un cuerpo boca abajo.

—Venga, Jimena, sal de ahí, anda —rogó a la sombra.

Había visto a los niños hacer eso, incluso a su Sandra, sin ir más lejos. «Mira, papá, cómo me hago el muerto», le había dicho veranos atrás en la piscina del pueblo.

—Jimena, que salgas. —Y ya claramente irritado—: ¡Deja de hacer el tonto, por favor..., levanta esa cabeza...!

Pero por más que insistiera, no había reacción ni más movimiento por parte de la niña que el que decidía el vaivén del agua. Sobre las baldosas azules del fondo, una descolorida mancha roja flotaba a duras penas, desvirtuada por la luz que quemaba la transparencia. No era un efecto óptico, era una evidencia: conforme se acercó al borde, Enrique constató cómo el cuerpo descendía, sí, se estaba hundiendo. Él no sabía nadar. Jamás había entrado en un mar o en una piscina sin tocar el suelo. Sintió en los ojos un arañazo de sol y en los pulmones una repentina carencia de aire. Dio tres pasos raudos hacia la izquierda, quién sabe si para colocarse más cerca del borrón rojo que se desmembraba en el agua. Y no tuvo tiempo de pensar

más. Al comprobar que no obtenía respuesta alguna (ni la situación ofrecía visos de tenerla), por un segundo se vio sin trabajo, y no dudó en tirar el bocado al césped y, aun con los zapatos y la bata puestos, lanzarse. Cayó sin saber si tocaría el fondo, pero dada la inercia del salto lo hizo. Conteniendo la respiración se internó hacia el rincón más hondo, donde el cuerpo de Jimena ya se balanceaba prácticamente ajeno a su pulso. Cuando en un descuido tragó agua y empezó a sentir la asfixia en el esófago, Enrique sacó como pudo la boca para escupir y coger aire e internarse de nuevo hasta que logró agarrar y arrastrar el peso de la niña, que se golpeó la cabeza en uno de los lindes de cemento. Con la mano derecha se asió al borde y, usando todas sus fuerzas, como si cargara un saco de cebada, logró sacarla. Antes de comprobar si respiraba, como un poseo, con la empapada vista clavada en los balcones y la voz rota y embebida, gritó:

—¡Socorro!, ¡socorro!

No fueron necesarias más arengas para que las terrazas se llenaran de vecinos. Dedicó una mirada irascible hacia ellos y, aún arrodillado, reanudó su ruego:

—¡Una ambulancia! ¡Deprisa, deprisa!

Bajó la vista, y al ver que Jimena no respiraba desafió cualquier tipo de reglas y le separó los labios para insuflar un soplo de aire. Luego golpeó su cara, plas, plas, y consecutivamente zarandó sus hombros. Una incipiente palidez se ocupaba de esa piel que antes resultaba morena. En la frente descollaba una herida con forma de rasguño de la que manaba sangre. Enrique tosía. La ropa calada ralentizaba sus movimientos. Otra brecha debía de haberse abierto entre el pelo, pues asomó un nuevo reguero. Reanudó el auxilio, pero fue en vano. Tomó aire y reincidió por tercera

vez y, segundos después —que duraron mucho más de lo que realmente duraron—, la niña empezó a expectorar. Enrique le giró la cabeza y la dirección de la boca, de la que brotó una arcada y consecutivos chorros de agua amarillenta.

De la amplia puerta del parking emergió la figura del matrimonio Palop. Ambos, con la urgencia en los gestos y en la ropa (él descamisado, ella descalza), se abalanzaron sobre ellos sin dejar de gritar el nombre de su hija al tiempo que, obligados por la manifiesta inmediatez del ahora, forzosamente entendían lo que pasaba y por qué.

Cuando el padre se aseguró de que Jimena respiraba agarró por el cuello a Enrique y lo desplazó unos pasos:

—¿Qué le has hecho?, ¿qué le has hecho? ¿Pero cómo dejas que se meta una niña en la piscina?, ¿pero tú eres tonto?, ¡gilipollas!

Enrique, con las piernas temblorosas, acabó por caer. Aún amedrentado por la fiereza del señor Palop y por el susto que lo atosigaba, no sin interrupciones logró ponerse en pie. Era evidente que la cólera que gastaba el señor delataba una reprimida ansia por golpearle. Apareció entonces el personal médico con una camilla. La madre, mientras le abofeteaba la cara, sostenía en sus brazos la cabeza caída de Jimena, los ojos cerrados y blancos, el peso inerte, la estela de baba.

—Perdone usted, perdonen —clamaba Enrique, la voz entrecortada, el pitido del asma, como quien es consciente de que merece un castigo por grande que sea—, perdonen, ella me dijo que...

—¡Cállate, idiota! —le cortó Juan Palop—. Qué te va a decir ella si tiene ocho años...

Tras unos minutos en los que los sanitarios se concentraron únicamente en restablecer el pulso de la

niña, quedó certificada la reanimación. Como si despertara de un desmayo o de un sueño profundo, Jimena abrió unos ojos que se le cerraban sin querer.

El médico requirió a los padres y habló a toda prisa:

—Por poco no lo cuenta, ya puede dar gracias a quien la haya sacado del agua. Nos la llevamos al hospital, tiene que permanecer en observación.

Ni siquiera esa apreciación bastó para calmar los ánimos de Juan Palop, que ahora limpiaba el cristal de sus gafas con un faldón de la camisa, sin quitar la vista (aunque no viera tanto) de su hija, que permanecía tumbada en una camilla, con la mano izquierda entre las de su madre. Antes de seguir a los enfermeros, se acercó a Enrique, un manojo de nervios, y le señaló con el dedo:

—Serás desgraciado... Pedazo de inútil, más tonto y no naces...

Enrique, sin habla, recogió la toalla y las chanclas de Jimena. Quiso dárselas a Palop, pero no tuvo tiempo, porque este se escabulló con la comitiva de sanitarios. Alzó la vista y, levantando los hombros y abriendo ligeramente las manos, y negando con la cabeza, pensó que pedía perdón a la comunidad que desde los balcones lo escrutaba. Un sonido conocido le obligó a girarse; así vio a los mirlos picoteando en el cerezo, y escuchó el ulular templado de la tórtola, pero esta vez no tuvo fuerzas para encararse a ellos. En el fondo de la piscina, hundidos por su peso, como absurdas garantías de un combate, permanecían los utensilios de jardinería que habían caído de los bolsillos de la bata. Un fardo de papel de plata brillaba más allá, sobre la hierba, con la mitad del bocadillo. El estruendo cercano de un petardo celebró la salida de los colegios, la fiesta de los viernes, la pulsión del verano que empezaba.